

# LA PALABRA PROHIBIDA

**E**L cronista Francisco Umbral dice que la derecha española se jacta de tradicionalista, pero quien luego salva la tradición es la izquierda: Giner poniendo orden en la cultura, Menéndez Pidal en la historia, Azaña en el Museo del Prado. "La izquierda es la asistente que viene por horas (nunca le han dejado más tiempo) a adecentar un poco la casa."

Así, pero al contrario.

Al menos si no nos fijamos exclusivamente en la cultura, y aun ahí habría algo que decir de quienes, mientras los profesores se inclinaban sobre los códices, se inclinaban también, pero para quemar iglesias. ¿Y no podríamos, generalizando, decir que ése ha sido el papel de la izquierda en nuestra historia: el de incendiaria? De ideologías, digo; no de edificios.

No pretendo ofender. Se puede ser incendiario con la ilusión de edificar sobre las cenizas la utopía socialista; y soñar, eso sí, lo ha hecho siempre bien la izquierda; pero por esto sus periodos de mando han sido tan cortos y ha tenido que venir luego la derecha a ordenar las cosas hasta que, aburrido el país de tanto orden (porque aburrida si que es la derecha), ha apelado otra vez a la tea purificadora.

Lo cual, insisto, no entraña menosprecio, porque la historia la hace también la imaginación, ni soy yo el primero en decirlo, ni necesito probarlo porque ya lo han hecho por mí los historiadores.

**Y** la misma historia que está pasando ante nuestros ojos.

¿O qué es, si no, la historia de una democracia que está construyendo la derecha, entre la colaboración a duras penas conseguida y aún más difícilmente retenida de la izquierda política y el guirigay de la izquierda, digamos, sociológica?

¿Pero cuál ha sido en nuestra historia la fórmula usual de la izquierda? En el relato sobre la guerra civil que está publicando en "Informaciones" Américo Vélez, secretario político de Largo Cuello, leo lo siguiente: "Nadie razonaba en términos solidarios, de asociación ciudadana con sentido de la convivencia y del bien colectivo. El peor enemigo de la República resultaba ser la disgregación de la sociedad en grupos partidistas, de tonalidades tribales." Habla de la República gobernada exclusivamente por las izquierdas durante la guerra civil. Llamarse de izquierda está ahora de moda; malo será que su fórmula se esté poniendo de moda también.

**L**O curioso es que a otro cronista, Carlos Luis Álvarez,

la actual conformidad—¡tan precaria!—de la izquierda política con la derecha le parezca casi reprobable y hable de ella como de "pasteles" y exponga su temor de que "la comodidad autoritaria no acabe haciendo desvanecer el sueño de una democracia verdadera". ¡Democracia verdadera! Que el guirigay del actual gallinero sociológico español no deje oír el "bel canto" de los políticos no me parece tanto el sueño de una democracia verdadera como la pesadilla de una pseudodemocracia. Sólo podría desvanecer esa pesadilla la palabra que el país, precisamente porque no sabe todavía qué es la democracia, no se atreve a pronunciar. Ni siquiera la pronuncia esa derecha que ha tenido el pudor, o la habilidad, o la hipocresía, de no presentarse como tal derecha. Sin embargo, tiene razón el otro articulista que termina su artículo sobre "La dictadura del miedo" con estas palabras: "Si hoy levantáramos la piel del pueblo español, enamorado sin duda de su libertad recobrada, encontraríamos grabada a fuego, sobre la carne viva, esta sola palabra: autoridad."

Lo firma el autor con su nombre: Luis María Ansón. Lo suscribo yo con el mío.

**NEMO**